



«Mis novelas surgen de forma orgánica, como la propia vida»

Agustín Fernández Mallo Escritor.
'Limbo' es una reflexión sobre el sonido, las metamorfosis y la vigencia del tiempo

ENTREVISTA

EDUARDO LAPORTE

Lo que con gusto olfateamos es en realidad un proceso de podredumbre. Lo dice uno de los personajes de esta novela de tres tramas a propósito del olor que desprenden las flores. Sobre Agustín Fernández Mallo (A Coruña, 1967) pesa la etiqueta de activo renovador de la literatura actual, pero habrá quien diga que en realidad no hace sino algo tan antiguo como la propia literatura: poesía. De hecho, su 'Postpoesía, hacia un nuevo paradigma' fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo en 2009, y ahí cargaba las tintas contra un tipo de poesía convencional, anticuada, lo que Dalí o Buñuel llamarían «putrefacta». En 'Limbo' (Alfaguara) retoma un pulso narrativo que recuerda más a la tercera de las tres entregas del Proyecto Nocilla y ofrece una nueva muestra de esa actitud que todo creador no debería abandonar nunca: la del extrañamiento ante el mundo.

– Cuando escribo, escribo para mí. No creo que sea petulancia decir que el mayor acto de respecto hacia el lector es ignorarlo. Si estás escribiendo en qué va a pensar el lector, cómo va a encajar el texto, ya no investigas tanto tu propia poética ni haces lo que realmente te interesa. Respecto al final en concreto, me parecía interesante ofrecer una especie de visión panorámica, que abriera el foco más planetariamente a través de los pe-

ríodicos, y con las alusiones a los personajes que ahí se concentran.

– Usted dijo en cierta ocasión que las historias que le motivan son solo las que hacen avanzar la literatura. ¿No es un poco limitada esa postura de inicio?

– No suscribiría eso... Lo que a mí me interesa es que haya un avance en mi literatura, en mi propia poética y esto me gusta dejarlo claro: no está en mi pretensión hacer avanzar la literatura, ni cambiar nada en la poética. Mi interés es investigar mi propia literatura y si eso luego resulta que implica un avance en la literatura, genial...

– Da la impresión de que 'Limbo' ha entrañado mucho trabajo de ingeniería interna.

– Mi método de escritura no es nada pensado, escribo mis novelas como escribo mis poemas: sin pensarlas antes, sin planificarlas. Son cosas que surgen a medida que las escribo.

– Pero eso no podría verse más como un defecto que como una virtud? ¿Como si fuera una escritura puramente artificial?

– No, porque para mí lo artificial es lo otro... En mi caso, la novela va surgiendo de una manera orgánica, como la propia vida. Como ahora cuando salga a la calle, pasarán cosas, interesantes o no, pero pasarán. Cuando escribes un poema no lo programas antes, es la única manera que sé.

«No creo que sea petulancia decir que el mayor acto de respeto hacia el lector es ignorarlo»

«Cuando leí el Nuevo Testamento, me sorprendió la contemporaneidad y potencia del relato»

– 'Limbo' tiene varios pasajes de intensa carga poética, pequeñas epifanías. ¿En qué modo la lectura del Nuevo Testamento (a la que uno de los personajes llama 'Blog de Blogs') le ha influido?

– Cuando cayó en mi mano el Nuevo Testamento en un hotel de Guatemala, me sorprendió la potencia de ese relato y su contemporaneidad en cuanto a técnicas; un mismo relato hecho por distintas personas y con distintas versiones, que es una especie de 'remake' de 'remake'... Esa estructura que te permite entrar en cualquier punto del relato y encontrarle sentido es muy contemporánea.

– El Nuevo Testamento puede ser fragmentado en la forma, pero su música de fondo es algo más cohesionado: Jesús es el hijo de Dios que muere por nosotros, etc. ¿Cuál es la música de fondo que más suena en 'Limbo'?

– Veo varias a un mismo nivel, como el asunto de la metamorfosis, que se da en las cosas, en los procesos, y también el tema de la mirada extrañada respecto al mundo. La cotidianidad cuando se presenta de una manera no onírica ni surreal, sino ligeramente desenfocada, que es cuando se produce una sensación de extrañamiento que te puede llevar a escribir.

– En el libro hay una cita muy significativa del pintor Caspar David Friedrich, aquella que sostiene que 'lo divino está en todas partes, incluso en un grano de arena'. ¿Ese enfoque desautomatizado podría considerarse religioso, como la mirada mística de san Juan de la Cruz, un autor al que le gusta leer?

– No diría tanto como eso, pero sí hay una mirada metafísica que aprecia o busca lo que hay más allá de lo que aparece como evidente. Esa penetración en el objeto, en las relaciones que mantiene con los demás. Puede que hace doscientos años a eso se le llamara mirada religiosa, hoy no.



Agustín Fernández Mallo, en la azotea de un hotel madrileño. :: ELVIRA MEGÍAS

Festival de Benicàssim chino

■ E. L.

– El 'leit motiv' de una de las tramas es el 'Sonido del Fin'. ¿Qué quiso expresar con ese concepto?

– Era algo que me rondaba desde hacía tiempo. Yo veía que en las novelas no salían apenas las ideas del sonido, y me interesaba 'problematizar' el sonido. Ponerlo sobre la mesa narrativa y ponerlo dentro de una novela, como quien dice 'vamos a hablar del color', que es algo abstracto. Y el 'Sonido del Fin' me vale para argumentar cómo, va en busca de una quimera,

y no se da cuenta de que ese sonido en el fondo está dentro de él, en sus propias visceras, porque todos estamos generando sonidos y ruidos a cada instante.

– En 'Limbo', imagina un Festival de Benicàssim chino, con músicos que imitan a los cantantes españoles e internacionales. ¿Cree que España podría exportar canciones a China como los alemanes coches BMW?

– Absolutamente, y en España hay grandes grupos, aunque su industria sea muy reducida. De las músicas que se hacen en Europa, junto con

la anglosajona, me parece la más importante.

– ¿Sigue siendo fan de Sr. Chinarró, aunque ya no lo ponga en las solapas de sus libros? – Por supuesto, y de Nudozurdo y otros muchos grupos.

– ¿Algún nuevo hallazgo? – Ahora estoy escuchando mucho a Vacabou, de mi amigo Juan Feliu, que hace un trabajo alucinante en 'The Drums of Twilight', una cosa muy rara que grabaron en Las Vegas, una sinfonía de 45 minutos con pasajes sonoros muy inquietantes. ¡Grabaron al conductor del autobús que iba cantando las paradas!